

LA CONFERENCIA JOSE GIL FORTOUL DE 1981

¿COMO DEBERIA CELEBRARSE EL MEDIO MILENIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA?

Por LEWIS HANKE

Mis palabras fueron inspiradas por las del Director Blas Bruni Celli cuando me invitó a hacer esta presentación ante la Academia Nacional de la Historia. Me explicó que la Academia ha establecido que hasta 1988 se dicte una conferencia anual en honor de José Gil Fortoul.* El propósito para instituir esta conferencia periódica en homenaje a Gil Fortoul fue el de “acrecentar sus actividades en la década que resta para su centenario”.

Para alguien como yo que no vive en el país y que ha observado con simpatía y admiración las múltiples actividades de esta institución desde mi primera visita a Caracas, hace unos 40 años, mi reacción inicial fue pensar que por las excepcionales contribuciones que ha realizado, sería difícil sugerir nuevos proyectos. Las numerosas publicaciones de la Academia, sus reuniones periódicas y las conferencias especiales sobre temas históricos que ha auspiciado a través de los años, proveen amplio testimonio de su liderazgo. Además, el Dr. Cristóbal Mendoza, que durante muchos años fue responsable de gran número de actividades en Venezuela, también representó muy dignamente a su país y a la Academia en las reuniones interamericanas de historia. Su voz tuvo la resonancia de la autoridad y fue siempre una clara expresión de amplio apoyo a los esfuerzos más significativos en favor del quehacer histórico. Esto lo he apreciado desde que fuimos colegas en la Primera Consulta de Historia, en 1947, organizada por el Dr. Silvio Zavala en la ciudad de México, bajo el auspicio del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Dada la rica y variada gama de actividades que ya se han concretado merced al permanente impulso y apoyo financiero de la Academia, ¿qué más podría o debería hacerse? Mas recordé que los primeros cien años de esta institución —no sólo dedicada a la historia sino histórica por derecho propio— se celebrarán poco

* Traducción de Celso Rodríguez, de la Organización de los Estados Americanos, quien también contribuyó a la preparación de material para esta presentación.

antes de 1988. En 1892 pasó casi desapercibido el cuarto centenario del descubrimiento de América. En Madrid y en otros lugares se organizaron unas pocas conferencias deshilvanadas, pero en aquellos días ya remotos nadie se preocupó mucho acerca de la historia del Nuevo Mundo. ¿Puede alguien recordar una sola publicación importante sobre este tema que haya aparecido en 1892?

En la actualidad, la historia, las instituciones dedicadas a la historia y los historiadores en éste y otros continentes, están muchísimo más desarrollados que en 1892, ya que no existe ningún problema para identificar lo que se necesita hacer y cómo llevarlo a cabo, a fin de celebrar como se merece los 500 años del descubrimiento del Nuevo Mundo. Por eso es pertinente hacernos esta pregunta: ¿Cómo debería celebrarse el medio milenio del descubrimiento de América?, tema cuya importancia se acrecentará en la próxima década, coincidiendo con la celebración del ciclo de conferencias en homenaje a José Gil Fortoul.¹

Este interrogante ya viene formulándose en varios lugares. Los españoles celebraron reuniones nacionales para determinar los lineamientos y establecer programas específicos. Parece ser que algunos historiadores españoles querrían celebrar 1992 como una "cosa de España". Ciertamente, debe pensarse que cada nación, ya sea España, Francia, Gran Bretaña o Portugal, o cualquier otra, determinará por sí cómo prefiere actuar. La realidad, sin embargo, es que casi no existe un aspecto significativo de la historia de España en América desde 1492 hasta hoy, en el que alguna investigación fundamental no haya sido realizada por estudiosos que no eran españoles. Sobre Colón, por ejemplo, sería difícil no tomar en cuenta lo escrito por el estudioso, almirante Samuel Eliot Morison, de Boston. Para mencionar a otra figura histórica que muchos esperarán que mencione, Fray Bartolomé de Las Casas, ¿puede alguien comprender cabalmente la importancia e influencia de este hombre universal sin recurrir a los trabajos del eminente estudioso francés Marcel Bataillon? Más aún, la historia arqueológica del Nuevo Mundo precolombino y los trabajos realizados en el campo antropológico sobre las poblaciones nativas, han estado mayormente dominados por investigadores no provenientes de España. Si estamos de acuerdo con el historiador que señaló que la expansión de Europa fue "uno de los movimientos más espectaculares en la historia de la civilización"² ¿no debemos reconocer también que la asimilación de los pueblos en América constituye uno de los resultados más fundamentales y duraderos del período del descubrimiento? Y nadie ha dedicado más constante atención al tema del mestizaje que Magnus Mörner, de Estocolmo.

En consecuencia, ¿no deberíamos concordar que algunas de las celebraciones de 1992 son de carácter internacional en vez de exclusivamente nacional? No necesitamos tratar aquí cuál es la mejor forma de organizar tal reunión internacional. El Congreso Internacional de Americanistas, la Asociación Internacional

—1. Para comentarios sobre otros aspectos de este tema, ver mi artículo "How Should the Five Hundredth Anniversary of the Discovery of America be Commemorated?", *Les cultures ibériques en devenir. Essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977) par la Fondation Singer-Polignac* (París, 1974), 422.

—2. RODIGER SCHOTT, *Consecuencias de la expansión europea para los pueblos de ultramar* (México, 1960), 21.

de Hispanistas y el Congreso Internacional de Ciencias Históricas, así como el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, son algunas de las instituciones que pueden abordar ese aspecto. Por fortuna, el ambiente mundial es más propicio que nunca para realizar un examen ecuménico e integral de la historia de las Américas. Los dos grandes tomos sobre *First Images of America. The Impact of the New World on the Old* evidencian que el impacto artístico, geográfico, literario, político, religioso y científico de América es hoy mejor comprendido y más apreciado de lo que lo fue anteriormente.³ Por lo tanto, concentremos nuestros esfuerzos en el tipo de proyectos que podemos considerar para esa celebración, ya sean organizados a nivel internacional o nacional.

Tal vez sería prudente señalar antes que nada lo que *no* debe hacerse. ¿No deberíamos desalentar expediciones exóticas e imaginativas que procuran demostrar quién llegó a América antes que Colón? Bajo patrocinios mercantiles o invocando objetivos nacionales, eternos entusiastas están siempre apareciendo para montar expediciones de dudoso valor histórico. Mi expedición favorita es la que fue anunciada en 1976 para rehacer el viaje que se supone que St. Brendan realizó desde Irlanda al Nuevo Mundo, vía Islandia y Groenlandia, siglos antes de 1492. Esta reciente expedición fue organizada para cubrir 6.400 kilómetros a remo con una canoa de madera y cuero, en forma de banana y de menos de cuatro metros de largo, construida con la ayuda de la British Leather Manufacturers' Research Association, que publicitó el proyecto con el eslogan: "el cuero le permite llegar allí". La canoa, apropiadamente bautizada "Brendan", fue construida en un puerto de Irlanda de acuerdo a especificaciones que se considera que fueron las utilizadas en el siglo x en el supuesto viaje original. Como fue el caso del barco irlandés llamado *curragh*, el "Brendan" fue construido manualmente con el cuero de veinticinco bueyes que había sido curtido en licor de roble durante un año, y luego lubricado con aceite de bacalao y lanolina. El cuero fue estirado en un marco de roble y fresno por casi dos kilómetros por correas de cuero enceradas que debían impregnarse con manteca a cada recalada del viaje, a fin de mantenerlas flexibles a la manera antigua. La tripulación fue formada por cinco marineros experimentados escogidos entre 4.000 voluntarios procedentes de todo el mundo.

Pero dejemos estas empresas para los que tienen el tiempo y los recursos financieros para esas hilarantes extravagancias, vacías de real contenido histórico. Las conmemoraciones históricas no deben disipar los limitados recursos disponibles en planear aventuras como la de los primeros navegantes irlandeses, o estimular esos intentos entusiastas —como realmente ya se hizo— para localizar indios que hablan galés que, según algunos, fueron sobrevivientes de una remota colonización galesa del Nuevo Mundo. La leyenda nos dice que un príncipe galés llamado Madoc navegó hacia el oeste y descubrió América tres siglos antes que Colón. Esta leyenda cautivó la imaginación de generaciones de galeses y la Biblioteca Nacional de Gales ya tiene mucha documentación a raíz de las diversas controversias que produjo, particularmente sobre la búsqueda de indios que hablaban galés.

Deseo también expresar esta prevención sobre la celebración de 1992: No debe omitirse la historia del siglo veinte. Es tentador concentrarse en los primeros

3. Editado por Fredi Chiappelli y publicado por University of California Press, 1976

años de América, cuando varias potencias europeas impusieron su supremacía, pero no podemos ignorar la turbulenta y significativa historia del Nuevo Mundo en los tiempos de aquellos que están ahora escuchando esta presentación. Cuando hace muchos años visité Caracas por primera vez, era una ciudad tranquila, con ciertos gratos testimonios del pasado colonial. Hoy es una metrópolis totalmente transformada que experimenta los problemas de toda gran ciudad, y hasta es posible ver sheiks de ricos países petroleros albergándose en hoteles lujosos, y comprobar la abundancia de universidades, museos, bibliotecas y otras instituciones culturales. Venezuela está jugando un papel cada vez más importante en la escena internacional. Por ello, en todas las celebraciones en 1992 ¿no debiera tomarse en cuenta el hecho irrefutable de que el Nuevo Mundo es hoy un continente inmensamente distinto del que era en 1892, especialmente en su tremendo desarrollo cultural y económico?

Mis ideas sobre el modo más conveniente de celebrar 1992 se centralizan en tres temas, obvios pero fundamentales, para el estudio de la historia: Fuentes, definiciones y enseñanza. Permítanme discurrir brevemente sobre la naturaleza de los dos primeros puntos, y luego presentaré con mayor extensión y detalle el tema que me parece más crucial pero que puede recibir una consideración menor: la enseñanza, especialmente la enseñanza del curso sobre la historia de las Américas.

I. FUENTES

En toda época y en cualquier lugar del mundo, los historiadores se han visto muy influenciados por la naturaleza de las fuentes a su disposición y la accesibilidad a las mismas. Ihor Sevcenko, experto en Bizancio, en un perspicaz y divertido ensayo sobre lo que en su opinión son las dos variedades principales de historiadores —a quienes categoriza como mariposas y orugas— señaló:

Uno de ellos trata temas importantes y abarca períodos de tiempo mayores —digamos de veinte años a un milenio— con una narrativa pintoresca. El otro busca sutilezas sobre determinado día de la semana en el que se llevó a cabo alguna batalla. Si acaso se embarca en empresas más largas, escribirá una cadena de artículos o un apéndice interminable. Uno pule sus frases; el otro, sus copiosas notas al pie. En breve, uno puede asemejarse a la brillante mariposa que vuela sobre un lecho de flores; el otro, a una reptante oruga cuya visión de ojo de gusano abarca tan sólo la extensión de una sola hoja de la col.

Sevcenko, sin embargo, terminó su delicioso ejercicio sobre las flaquezas de los historiadores llegando a ciertas conclusiones:

Existen razones objetivas para explicar por qué algunos estudiantes del pasado se convierten en orugas y reptan, mientras otros se convierten en mariposas y vuelan. Estas razones no residen únicamente en las virtudes y defectos de ambas criaturas, sino también en las materias de las cuales se alimentan. Es decir, las fuentes. O para ser más precisos, estas diferencias residen, en grado considerable, “en la cantidad y la accesibilidad de evidencia que tenga el historiador”.⁴

4. IHOR SEVCENKO, “Two Varieties of Historical Writing”, *History and Theory. Studies in the Philosophy of History*, VIII (1969), 332-345. La cita está en la p. 342.

Las fuentes históricas básicas para la historia de las Américas, desde Canadá hasta el punto más austral del continente, están muy dispersas, a menudo se hallan pobremente organizadas y algunas veces es difícil consultarlas debido a la variedad de restricciones que existen. Así ocurre con los archivos eclesiásticos, y más aún con respecto a los documentos oficiales del período posterior a la Segunda Guerra Mundial.⁵ Esta última documentación, especialmente en América Latina, raramente está incorporada a los archivos nacionales de cada país. Generalmente permanecen en los archivos ministeriales o en los de otras agencias del gobierno, y la gran mayoría de esos papeles jamás son consultados por los historiadores. Con frecuencia no existe posibilidad de hacer una consulta porque ni están organizados ni abiertos a los investigadores. Con la posible excepción de México, son muy pocos los países en que existe un gran interés por preservar la documentación sobre la historia contemporánea de América Latina que se conserva en los ministerios de Defensa, Educación, Fomento, Hacienda, y Relaciones Exteriores.

He visitado muchos de los archivos latinoamericanos y he llegado a una opinión corta y clara:

...si no hay mejoras notables en la conservación y organización de los archivos centrales de los diversos gobiernos latinoamericanos, no tendremos disponible la documentación fundamental para estudiar el desarrollo cultural, económico y político de América Latina durante el período más traumático de su historia desde la conquista del siglo xvi —es decir: la historia del siglo xx.⁶

No debe intentarse con ligereza hacer frente al problema que presentan archivos desorganizados o utilizados inadecuadamente. Ello demanda una enorme responsabilidad que sólo podrá satisfacerse con el esfuerzo continuo y tesonero de muchos administradores y archiveros, en muchos países. En una reunión conmemorativa no puede lograrse mucho en bien de los archivos, excepto renovar el interés por mejorarlos; labor que requerirá muchos años de trabajo y aplicación. Por lo tanto, tomemos nota de la relevancia de esta tarea y pasemos a considerar otros temas que podrían incluirse en la conmemoración en 1992.

II. DEFINICIONES

El historiador polaco Tadeusz Lepkowski también enfatizó la necesidad de contar con fuentes más completas, por considerar que contribuirán de manera significativa “a una historia más profunda”, capaz de ser convertida en lo que

5. Sobre artículos eclesiásticos, ver mi artículo “Ecclesiastical Archives in Latin America: A Call to Action”, *Neue Zeitschrift für Missionswissenschaft*, XXIV, N° 2 (Immensee, Suiza, 1978), 142-145.

6. Para más información sobre este tema ver la ponencia presentada en la Quinta Reunión de Historiadores Latinoamericanistas Europeos titulada “La imagen futura de América Latina en el siglo XX: Observaciones y preguntas sobre la naturaleza de las fuentes gubernamentales en los archivos latinoamericanos y sobre su acceso a investigadores”, *Estudios Latinoamericanos*, 6 (Varsovia, Polonia, 1980), 67-69.

describe como “una fuerza política progresista”.⁷ Esta última aseveración ilustra también otro problema que necesita ser aclarado: la terminología. Si no podemos coincidir en las definiciones de palabras y conceptos tales como progresista, ¿qué bien hará que se multipliquen las fuentes?

¿Qué es exactamente lo que significa progresista? Si los historiadores en Pe-kín se interesan alguna vez por la historia de América Latina, ¿qué significado le atribuirán a ese concepto? El uso de este término provocará también más de un gesto interrogante en Peoria, Illinois, y tal vez en Popayán, Colombia, y Pernambuco, Brasil. Si las reuniones internacionales van a tener alguna significación, los historiadores deberán coincidir en el significado de términos tales como ‘burgués’, ‘marxista’, ‘democrático’, ‘conservador’ y otros conceptos del repertorio ideológico. Moisés S. Alperovich, destacado historiador soviético especializado en América Latina, ha recomendado un serio intercambio de opiniones sobre problemas históricos fundamentales. Si tal intercambio se realiza, tal vez descubriremos que no es posible llegar a un acuerdo sobre el significado de ciertos términos. En ese caso, tal vez deberíamos prohibir a los historiadores profesionales que utilicen conceptos tales como progresista, aunque puede ser más práctico solicitar que cada historiador que lo emplee, lo defina lo más precisamente posible cuando lo utilice por primera vez.⁸ Tal vez yo sea un poco sensitivo en este aspecto ya que una vez me calificaron como representante de la “historiografía burguesa reaccionaria” que podía ser dejado de lado por ser un “apologista del colonialismo español”.

Hace unos 50 años, cuando comencé mis tareas de estudiante graduado en Harvard, se publicaba en París una revista titulada *Revue de Synthèse Historique*, que en cada número incluía definiciones de palabras. Tal vez en 1992 debiera organizarse una reunión internacional para tratar de aclarar nuestras opiniones sobre definiciones de términos y conceptos utilizados hoy en historia. Existen activos centros de enseñanza e investigación de la historia del Nuevo Mundo en lugares tan distantes de las Américas como Londres, en Inglaterra; Madrid y Sevilla, en España; La Trobe, en Australia; París y Toulouse, en Francia; Colonia, en Alemania y Moscú, en la Unión Soviética, para mencionar algunos. El intercambio de opiniones entre los historiadores de esos centros con los estudiosos de las Américas es muy posible que resulte más frustrante que positivo, a menos que pueda lograrse un acuerdo mutuo sobre las definiciones de los términos fundamentales.

Debemos reconocer que las definiciones son consecuencia de las predisposiciones de los historiadores. Como lo observó J. B. Bury en su introducción a la *Autobiografía* de Edward Gibbon, el notable historiador inglés del siglo XVIII autor de la obra clásica, *La caída de Roma*:

—7. LEPKOWSKI, TADEUSZ, “Historia de América Latina: Entre vía de desarrollo ‘europea’ y una tercer-mundista”, *Poland at the 14th International Congress of Historical Sciences in San Francisco. Studies in Comparative History* (Varsovia, Polonia, 1975), 211-224. La cita está en la p. 224.

—8. Para varios aspectos de este tema, ver RUSSELL H. BARTLEY, “On Scholarly Dialogue: The Case of the U. S. and Soviet Latin Americanists”, *Latin American Research Review*, V, N° 1 (1970), 59-62. La cita está en la p. 60.

Con lentitud se está llegando a reconocer que la historia es, en último término, la imagen que alguien tiene del pasado, y esta imagen está condicionada por la mente y por la experiencia de la persona que la forma... No podemos separar una historia de quien la escribe, ni separar al escritor, de su época; y para apreciar la interpretación particular del pasado que presente su obra, es de enorme importancia conocer las influencias que lo modelaron, así como las circunstancias externas de su vida.⁹

Para que comprendiéramos mejor la importancia de la variedad de las experiencias, teorías y predisposiciones de los historiadores, hace unos pocos años propuse que los historiadores interesados en el Nuevo Mundo debían ser estimulados a grabar sus opiniones y predisposiciones por medio de entrevistas orales, lo que produce otra fuente especial: la historia oral. Un proyecto de historia oral sería útil por cierto para cualquier campo de historia. Para el estudio de la historia de América, cultivada por tantos tipos diferentes de seres humanos, me parece indispensable.¹⁰ Pero la historia oral no puede ser producida en una conferencia conmemorativa, ya sea organizada a nivel nacional o internacional. En mi opinión, sólo puede lograrse por un esfuerzo intenso y sostenido durante varios años, tal como se logró para los Estados Unidos con el Columbia University Oral History Project, en la ciudad de Nueva York.

Pasemos ahora al mensaje principal de esta presentación: los problemas y posibilidades que presenta la enseñanza de la historia de las Américas. Este es un tema que merece ser tratado en la conmemoración de un evento tan trascendental en la historia de la humanidad como fue el descubrimiento de América y una meta que sólo podrá cumplirse si se presta suficiente atención a la década que precede a 1992, bajo el auspicio y la dirección de la Academia Nacional de la Historia.

III. ENSEÑANZA

Los historiadores rara vez demuestran por la enseñanza el mismo interés que revelan por la investigación y la producción de sus trabajos. ¿No debe ser uno de los mayores propósitos, por lo tanto, que algunas instituciones prestigiosas, como la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, adopten como un proyecto especial el mejoramiento de la enseñanza de la historia de las Américas? En los próximos diez años algunos de sus recursos podrían ser asignados a este curso básico para todos los habitantes del Nuevo Mundo. También sería altamente deseable, por supuesto, que tales cursos sean ofrecidos en otras universidades fuera del hemisferio, a fin de que todo el mundo obtenga por lo menos un conocimiento elemental de la historia de las Américas, incluyendo su evolución en el siglo xx. ¿No sería este un objetivo realmente meritorio para tal conmemoración?

Comencemos con algunas definiciones. El curso al que nos referimos tendría las siguientes características:

9. *Autobiography of Edward Gibbon as Originally Edited by Lord Sheffield*, introducción de J. B. Bury (Oxford, 1923), xiv.
10. Ver mi "Proposición para un proyecto de historia oral para historiadores", *Cuadernos Americanos*, CCXV, N° 6 (México, 1977), 17-30.

1. Sería un curso general para estudiantes universitarios, que se dictaría como parte del curriculum regular en muchas instituciones públicas y privadas de enseñanza superior en países americanos.

2. El propósito de este curso no sería crear historiadores profesionales —aunque algunos estudiantes bien pueden sentirse estimulados a ingresar en el campo de la historia en razón de estar expuestos al amplio tema de la historia de países del hemisferio tan diversos entre sí. El objetivo principal de un curso así debería ser el de interesar y educar a los ciudadanos.

3. No se intentaría demostrar que “las Américas tienen una historia común”, para emplear la frase acuñada hace ya muchos años por Herbert Bolton, de la Universidad de California.¹¹ Este podría ser un buen concepto para ser debatido, pero serán pocos los que hoy lo encuentren aceptable. “América” es una idea flexible y los países americanos no tuvieron una historia común, excepto con un alcance muy limitado y de manera muy general. Lo deseable es señalar que las diferencias enriquecen, las similitudes desdibujan las identidades. José Gil Fortoul, cuyos logros estamos honrando hoy, escribió sobre la historia de una nación —Venezuela— y destacó su evolución en vez de concentrarse en hechos militares o presentar una historia simplemente narrativa; mas no pudo evitar arribar a ciertas conclusiones sobre el americanismo, pues se refirió a la “cultura que en América tendrá siempre carácter especial, como combinación varia de hispanismo, indianismo y cosmopolitismo”.¹²

4. El curso no debería estar limitado a la historia de las naciones hispano-americanas, sino que debería incluir también la historia de las áreas que fueron colonizadas por Francia, Gran Bretaña y Portugal, cuyos antecedentes deben ser considerados como una parte esencial del material a incluirse en el curso.

* * *

¿Por qué un curso así no es ya uno de los más populares e interesantes para los estudiantes de la universidad como parte de su educación general? Mi opinión es que un curso así requiere profesores con una preparación amplia y contar con un excelente material de enseñanza. Consideremos estas dos necesidades separadamente:

1. *Profesores con amplia preparación*

Los historiadores, tal vez más que los estudiosos de otras disciplinas, necesitan desplazarse en el mundo con la mayor libertad posible a fin de reducir sus prejuicios y ampliar su comprensión sobre otros pueblos. El griego Herodoto, a quien muchos honran como el “Padre de la Historia”, viajó por el este del Medi-

¹¹. Ver el libro de lecturas que compilé, *Do the Americas Have a Common History? A Critique of the Bolton Theory* (Nueva York, 1964).

¹². JOSÉ GIL FORTOUL, *Historia constitucional de Venezuela*. 5ª edición, 3 tomos (Caracas, 1968), I, 25.

terráneo y aun en el área relativamente pequeña que recorrió, notó que la cultura y los hábitos de la gente variaban considerablemente de un lugar a otro. Después de visitar Egipto llegó a la conclusión que era un pueblo extraño. Las mujeres iban al mercado mientras los hombres permanecían tejiendo en su casa. Lo opuesto ocurría en Grecia. Y lo más extraño, los egipcios escribían de derecha a izquierda. Sin embargo, Herodoto notó la sorpresa de los egipcios ante sus observaciones sobre sus hábitos de escritura. Ellos no eran los raros, sostuvieron los egipcios, sino los griegos que escribían de izquierda a derecha.

Los historiadores, particularmente aquellos que enseñan, ayudan a crear y mantener sus propias imágenes y también la imagen con que vivieron y murieron otros pueblos. ¿Cómo puede esperarse que tengan una perspectiva correcta sobre su propia historia si además no están familiarizados con la historia de otros países? ¿No es esto lo que ocurre especialmente en las Américas, cuyos pueblos tienen mucho en común pero que también exhiben numerosas diferencias?

¿Puede un profesor que conoce solamente su país enseñar con efectividad la historia de muchos otros países? ¿Puede un historiador brasileño, por ejemplo, que nunca salió de San Pablo o Río de Janeiro, interpretar la historia de los países vecinos? Obviamente, no. Lo mismo puede decirse para los historiadores de todos los países. Por sobre todo, los historiadores necesitan estar expuestos a otras culturas, a otros modos de pensar. Como lo expresó el escritor y hombre de estado irlandés Conor Cruise O'Brien:

La mayor parte de la historia es historia *tribal*: escrita... en términos generados por una tribu o nación determinada y aceptables a ésta... Los historiadores, como otra gente, tienden a identificarse con una comunidad —aunque no necesariamente con la del lugar donde nacieron— y en caso de historiadores modernos esta identificación es posible que afecte y tenga interacción con el carácter de su trabajo, su carrera, su ubicación geográfica y su público. Normalmente, escriben de un modo que sugiere que estos factores condicionantes no existen, o que pueden ser ignorados. En realidad, los historiadores marxistas resaltan tales factores pero solamente como limitaciones de los historiadores burgueses.¹³

¡Qué pocos son los historiadores de las Américas que están familiarizados con la historia de sus vecinos! Viviendo un año o dos en otro país americano ayudará a los profesores a enseñar su propia historia y la de las Américas con una mayor comprensión y conocimiento. El sueño de muchos pensadores podría finalmente hacerse realidad —que los pueblos de las Américas conozcan los ideales, los hechos, personalidades y valores de sus vecinos americanos. Como lo proclamó Simón Rodríguez, el mentor del Libertador Simón Bolívar, y muchos otros a través de los años, los americanos deben conocer la historia de las Américas, comenzando por la historia de los incas y los mayas en vez de hacerlo con la historia de figuras foráneas como los midas y los persas.

Los instructores de cursos sobre la historia de las Américas también deben ser estimulados a que realicen investigaciones sobre la historia de naciones americanas, además de la propia. Asimismo, deben contar con la ayuda necesaria, tal vez basada

13. CONOR CRUISE O'BRIEN, *States of Ireland* (Nueva York, 1972), 16-17.

en un intercambio, para pasar un año enseñando en alguna universidad de las Américas, fuera de sus propios países. Habría solamente un problema relativamente menor de lenguaje, pues la mayoría de los instructores probablemente podrían dictar las clases en español o portugués.

Estas actividades presentarán problemas burocráticos y financieros a raíz de la falta de flexibilidad de los reglamentos de ciertas universidades, especialmente las oficiales. Tales instituciones hallan a menudo que es imposible abonar los sueldos de un profesor que está enseñando en otro país. Este es un problema que deberían solucionar los ministros de educación y los rectores de las universidades. El profesor Amado Luíz Cervo, de la Universidad de Brasilia, respondiendo a una solicitud mía de información sobre la enseñanza de un curso básico de historia de las Américas para estudiantes no graduados, me comunicó que había unos 300 cursos ofrecidos en Brasil. El profesor Cervo sugiere que los obstáculos que existen para concretar un intercambio de profesores de historia como el propuesto, podrían eliminarse por medio de acuerdos culturales bilaterales. Por ejemplo, señala la posibilidad de formalizar un acuerdo entre Brasil y México, pero agrega que un intercambio de profesores de historia debería ser posible entre otros países también;¹⁴ con la salvedad, claro está, que aquellos en posiciones educativas claves estén en favor de la idea y provean el mecanismo para hacer posible esos intercambios. Tal vez la Organización de los Estados Americanos, uno de cuyos objetivos es intensificar las relaciones culturales entre las naciones del hemisferio, esté dispuesta a co-auspiciar con la Academia Nacional de la Historia, una reunión aquí en Caracas para estudiar este problema. Los acuerdos pertinentes deberían ser tratados con las autoridades gubernamentales e institucionales que correspondan y debería determinarse alguna forma de reciprocidad. Pero si esa reunión fuera preparada cuidadosamente y sus participantes seleccionados con el mejor criterio, con seguridad se podrán establecer los objetivos y normas para formalizar un intercambio de profesores a fin de ofrecer cursos sobre la historia de las Américas en otros países que los propios. Algunos intercambios podrían realizarse a través de acuerdos bilaterales y otros concertarse por otros medios.

¿Por qué no denominar a todas estas oportunidades las "Becas del Descubrimiento", a fin de reconocer la importancia simbólica de lanzar un programa así como parte de la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América y hacer posible que un profesor descubra la historia y las realidades de otro país americano? No debemos olvidar que todos los estudiantes que tomen estos cursos estarán expuestos a las ideas y perspectivas de un profesor de otro país del continente. Así comenzará el vasto proceso de aprender la historia de los pueblos que viven ahora en el hemisferio. Si estas Becas del Descubrimiento fueran concedidas a través de los años a cientos de profesores de historia, los mayores beneficiarios de este programa serían los miles y miles de estudiantes que hayan tenido el privilegio de asistir a los cursos de la "Historia de las Américas".

14. Carta del Profesor Cervo a L. H., 2 de setiembre de 1981.

2. *Materiales para la enseñanza*

Tan pronto como comience el intercambio de profesores, se tropezará con el problema fundamental inmediato: que el material educacional para esos cursos simplemente no existe, al menos con la calidad y profusión necesarias. Deberá programarse cuidadosamente los libros de texto para cursos tan amplios y generales. Y aunque hoy hacemos menos hincapié en libros de texto, los estudiantes necesitan tener un compendio adecuado y un bosquejo claro del curso para evitar un tratamiento parcial o superficial de los grandes temas involucrados en la historia de las Américas. Los libros de texto pueden proveer una estructura básica, lo que hará posible aplicar un enfoque más sofisticado que permita efectuar comparaciones y formular interpretaciones.

Más importante todavía es contar con una colección de lecturas diversas, que provean una amplia selección de la literatura histórica de los distintos países americanos. Por lo que conozco, estas lecturas todavía deben ser organizadas para ponerlas a disposición de los estudiantes por medio de publicaciones atractivas. Esas lecturas también deben incluir una bibliografía organizada de unas 500 obras básicas, seleccionadas entre el rico material bibliográfico disponible. Así se constituirá una biblioteca básica en cada universidad que ofrezca ese curso, de modo que los estudiantes puedan usar los libros en préstamo para estudiar afuera de la clase. Cada institución que incluya un curso sobre la "Historia de las Américas" debería proveer una biblioteca básica, de modo que cada instructor, no importa de qué país sea, tendría a su disposición, esencialmente, la misma variedad de material de enseñanza.

Otro tipo auxiliar de enseñanza que por fin se está popularizando es la película histórica o documental. Ya en 1923, cuando asistí a la primera reunión anual de la Asociación Norteamericana de la Historia (American Historical Association), se presentó un filme mudo sobre las llamadas "French and Indian Wars in North America". Fue una producción pobre, pero desde entonces los filmes educativos con propósitos didácticos han mejorado notablemente. La Asociación Norteamericana de la Historia auspició hace unos quince años un programa para utilizar filmes comerciales en las clases. La idea me atrajo y preparé para usar en clase el filme sobre Benito Juárez que protagonizaron Paul Muni y Bette Davis.¹⁵

La vida es infinitamente más compleja de lo que cualquier dramatización intenta ser, pero los estudiantes que ven esta película pueden aprender algo de la belleza y variedad del panorama y el pueblo de México. También se obtiene un conocimiento de las vívidas reacciones de las fuerzas francesas de ocupación y el pueblo mexicano. Por sobre todo, se puede intuir la arraigada convicción de Juárez de que debía prevalecer sobre el emperador Maximiliano para salvaguardar la integridad de México como nación, cuyo futuro debía ser determinado por los mismos mexicanos. Pero la película no pudo reflejar adecuadamente las complejidades e

— 15. Ver mi introducción titulada "Towards an Informed Critical Judgment on Historical Films" para el libro de lecturas titulado *Benito Juárez and the French Intervention in Mexico* (Cambridge, Massachusetts, 1971).

incertidumbres de ese período de la historia mexicana, cuando el puro indio zapoteca Benito Juárez lideró el movimiento de Reforma en México, oponiéndose con éxito a Maximiliano. Compilé entonces una pequeña obra de lecturas históricas para que sirviera, junto con la película, como un sólido auxiliar educacional para los estudiantes. Juntas, la película y las lecturas, les ofrecen la oportunidad de ejercitar su juicio crítico sobre lo que leen y observan. Esto, después de todo, es una de las razones principales para estudiar la historia. Hay muchos sucesos y personalidades en la historia de las Américas que se prestan muy bien para ser tratadas en películas.

Finalmente, es probable que hiciera falta preparar un tomo especial sobre la "Geografía de las Américas", con el fin de reunir en forma relativamente sucinta los datos esenciales sobre los aspectos económicos, geográficos y políticos de los países americanos, como una rápida fuente de referencia para los estudiantes que tomen el curso. La notable diversidad de las Américas podrá hacer que se produzca un trabajo que educará a la vez que agradará a los estudiantes, si es preparado por geógrafos con compenetración de la historia. Los datos y los mapas existen; lo que es necesario para la producción de esa obra es imaginación y un conocimiento minucioso, con el fin de interesar e informar a los estudiantes sobre las circunstancias físicas en las que habita el hombre americano.

Tales auxiliares pedagógicos no son fáciles de producir. Hablo por mi propia experiencia, ya que durante mi época de profesor en ejercicio intenté proveer libros de texto, colecciones de lecturas y "libros sobre temas controvertidos" para los estudiantes de los Estados Unidos que tomaban el curso sobre la historia de la civilización de América Latina.¹⁶ Aunque recibí muchos consejos y asistencia téc-

16. *Modern Latin America: Continent in Ferment*, 2 vols. (Princeton, 1959); *Readings in Latin American History: Selected Articles from the Hispanic American Historical Review*, 2 vols. (Nueva York, 1966); *History of Latin American Civilization: Sources and Interpretations*, 2 vols. (Boston, 1967); *Latin America: A Historical Reader* (Boston, 1974). La serie "Borzoi Books on Latin America", de la que fui editor general, incluyó la obra mencionada en la nota N° 11. Una versión en español de la introducción de esas lecturas fue publicada en el *Anuario del Instituto de Antropología e Historia*, I (Caracas, 1964), 381-422. Esta serie también incluye los títulos siguientes: Fredrick B. Pike, ed., *The Conflict Between Church and State in Latin America* (1964); Gilberto Freyre, *The Masters and the Slaves (abridged). A Study in the Development of Brazilian Civilization* (1964); Charles Wagley, *Amazon Town. A Study of Man in the Tropics* (1964); Irving A. Leonard, ed., *A Voyage to South America* (abridged), by Jorge Juan and Antonio de Ulloa (1964); T. Lynn Smith, ed., *Agrarian Reform in Latin America* (1965); Richard M. Morse, ed., *The Bandeirantes. The Historical Role of the Brazilian Pathfinders* (1965); Hugh M. Hamill, Jr., *Dictatorship in Spanish America* (1965); R. A. Humphreys and John Lynch, eds., *The Origins of the Latin American Revolutions, 1808-1826* (1965); Magnus Mörner, eds., *The Expulsion of the Jesuits from Latin America* (1965); E. Bradford Burns, ed., *A Documentary History of Brazil* (1966); Robert Freeman Smith, ed., *Background to Revolution. The Development of Modern Cuba* (1966); Stanley R. Ross, ed., *Is the Mexican Revolution Dead?* (1966); Marvin Bernstein, ed., *Foreign Investment in Latin America* (1966); Joseph R. Barager, ed., *Why Perón Came to Power* (1968); Luis E. Aguilar, ed., *Marxism in Latin America* (1968); Richard Graham, ed., *A Century of Brazilian History Since 1865* (1969); James W. Wilkie and Albert L. Michaels, eds., *Revolution in Mexico: Years of Upheaval, 1910-1940* (1969); David Bushnell, ed., *The*

nica de mis propios estudiantes de postgrado y de otros colegas que también enseñaban el mismo curso en otras universidades, en un período de diez años comprobé que preparar libros básicos como auxiliares pedagógicos era una tarea por lo menos tan ardua y exigente como investigar en los archivos —y a veces, ¡más todavía!

Aquí, una vez más, la Academia Nacional de la Historia puede hacer una provechosa contribución, organizando en Caracas una conferencia de profesores de cursos de “Historia de las Américas” de distintos países. Estos profesores experimentados podrán planear la preparación de libros de texto, de lecturas, de “temas controvertidos” y un libro básico de geografía, todos diseñados para estudiantes universitarios. También se podría bosquejar un plan para seleccionar filmes históricos y documentales que podrían utilizarse en el curso. Esto requerirá honestidad y tener algún conocimiento del mundo del cine. Frecuentemente los estudiantes son competentes en este campo, las películas pobremente producidas simplemente los aburrirán.

Los especialistas educativos interesados en el desarrollo de elementos auxiliares de la enseñanza en general, también pueden ser invitados a colaborar a fin de identificar las soluciones prácticas a todos estos problemas. Las reuniones y publicaciones que efectuó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, primero por Silvio Zavala, de México, y más recientemente por Guillermo Morón, de Venezuela, proveerán una base provechosa para tal conferencia, además de otras publicaciones efectuadas en otros países durante el último cuarto de siglo.

*

Muchos historiadores individualmente y muchas instituciones de historia de diversos países del mundo, indudablemente desearán contribuir a la celebración universal del medio milenio del asombroso encadenamiento de acontecimientos que siguieron el primer viaje de Cristóbal Colón a estas costas. Algunos viejos problemas históricos serán mejor comprendidos por los investigadores; pueden hallarse nuevas fuentes en Asia, Europa, el Medio Oriente,¹⁷ y otros lugares, y los

Liberator, Simón Bolívar (1970); Robert Wauchope, ed., *The Indian Background of Latin American History* (1970); C. Neale Ronning, ed., *Intervention in Latin America* (1970); Harold B. Johnson, Jr., *From Reconquest to Empire. The Iberian Background to Latin American History* (1970); Samuel L. Baily, ed., *Nationalism in Latin America* (1971); Richard E. Greenleaf, ed., *The Roman Catholic Church in Colonial Latin America* (1971); Charles Gibson, ed., *The Black Legend. Anti-Spanish Attitudes in the Old World and the New* (1971); George Sanderlin, ed. and trans., *Bartolomé de Las Casas. A Selection of his Writings* (1971); Mary Marples Dunn, ed., *Political Essay on the Kingdom of New Spain (abridged)* by Alexander von Humboldt (1972); Irving A. Leonard, ed., *Colonial Travellers in Latin America* (1972); Karl M. Schmitt, ed., *The Roman Catholic Church in Modern Latin America* (1972); James Nelson Goodsell, ed., *Fidel Castro's Personal Revolution in Cuba: 1959-1973* (1975).

17. Thomas D. Goodrich, un estudiante de postgrado de la Universidad de Columbia en la década del 60, escribió su tesis doctoral sobre el interés y la información que sobre América había en Turquía en el siglo xvi. Entre otras cosas, descubrió una representación coloreada en un manuscrito turco, de la gran mina de plata de Potosí, en el Alto Perú. En 1977 conocí en Japón a un español que enseñaba en Osaka que estaba investigando

historiadores con talento podrán presentar novedosas interpretaciones sobre la evolución histórica. Con todo, es posible que se dedique poca o ninguna atención a la enseñanza de la historia en las universidades y escuelas de las Américas —especialmente a los problemas y posibilidades de un curso básico sobre la “Historia de las Américas”.

Un obstáculo fundamental al establecimiento de esos cursos fue claramente señalado por Luis José Acosta Rodríguez en la importante reunión celebrada en Caracas el año pasado en la Academia Nacional de la Historia, auspiciada por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y organizada por Guillermo Morón, sobre “La situación de los estudios de historia en América”. Una de las sesiones enfocó “La enseñanza de la historia de América”, lo que dio lugar a un vivo intercambio, actuando Eduardo Arcila Farías como director del debate.¹⁸ En otra sesión el Dr. Acosta Rodríguez recalcó la falta de interés en la “Historia de América”, la cual no parece contar con muchos especialistas en el ámbito del Continente ya que éstos prefieren el cultivo de la historia nacional, concluyendo que la Historia de América ha sido una acumulación de historias nacionales que deben integrarse apartándose del criterio europeo y tradicionalista de cada país americano y sobre la necesidad de deslindar los factores individualistas de los colectivos. Citó como ejemplo el caso de Bolívar donde el factor individual fue descollante y la masa estaba apática y donde la acción del Libertador fue su motivación para lograr el proceso de independencia venezolana y la acción libertadora de las otras patrias americanas.¹⁹

En su ponencia sobre la “Situación de la investigación historiográfica en América”, María del Carmen Velásquez señaló las circunstancias especiales que actualmente influyen en la enseñanza de la historia de las Américas. Analizando el reciente trabajo titulado *América Latina: historia de medio siglo*, resaltó que en el pasado hubo una “abundancia de estudios particulares mostrando que lo que interesa es el propio país; además es evidente el carácter profundamente nacionalista de ellos”. Naturalmente, hay pocos libros que traten en general el tema de la historia de las Américas y la historia de ciertas áreas es todavía más escasa: “por ejemplo, un lector interesado pasaría mucho trabajo para encontrar, en las bibliotecas mexicanas, una historia general de Canadá, escrita en español”.

También podría destacarse la falta de historiadores seriamente interesados en cualquier historia que no sea la de su propio país. ¿Cuántos historiadores en Argentina, por ejemplo, escriben sobre la historia del vecino Brasil? ¿Cuántos en Brasil estudian la historia de los Estados Unidos? Basado en mis experiencias re-

la influencia de la plata americana en Asia a fines del siglo xvi. En la reunión que el año pasado celebró el Congreso Internacional de Ciencias Históricas en Bucarest, conversé con un joven estudioso de la Universidad de Dayton que también estaba interesado en el tema del impacto de la plata americana en Asia.

— 18. “Reunión Técnica. La situación de los estudios históricos en América”, *Revista de Historia de América*, N° 90 (México, 1980), 16-23.

19. *Ibid.*, 27.

cientes con mi proyecto actual, "Guía del estudio de la historia de los Estados Unidos afuera de los Estados Unidos, 1945-1980", se puede afirmar que muy rara vez un historiador de un país latinoamericano publica sobre la historia de los Estados Unidos.²⁰

En su análisis²¹ de la obra sobre los últimos cincuenta años de la historia de la América del Sud, la profesora Velázquez arriba a otra conclusión importante: la docena de intelectuales provenientes de diez países que produjeron esa reciente publicación, no se concentraron para nada en las historias nacionales. ¡Todo lo contrario! No resaltaron el desarrollo nacional ni destacaron las acciones de figuras prominentes —ya fueran presidentes, jefes de Estado, dirigentes culturales, reformadores o dictadores.

Escriben sobre partidos políticos, política y petróleo, fuerzas armadas, populismo militar, radicalismo, imperialismo, dependencia, desarrollo económico, distribución del ingreso, clases sociales, protesta social, movimientos obreros, tenencia de la tierra, reforma agraria, latifundismo, como si fueran agentes de la historia. Sólo por excepción mencionan lo que fue tradicional en las historias hispano-americanas; el papel de la iglesia en el proceso histórico o la fuerza clerical para determinar sucesos. Ausentes están asimismo las menciones a la educación, el arte, la ciencia, la vida cotidiana.

Estos estudios históricos son tan apasionados como los de la primera mitad del siglo pasado. Se podría decir que, como en aquellos de hace más de un siglo se escribió para la salvación del hispanoamericano, éstos de ahora se escriben para su liberación.²²

Cualquiera que lea las ponencias de la Reunión Técnica celebrada en Caracas en junio de 1980, tal vez pueda sentirse desalentado por la heterogeneidad de voces que examinaron el estado de la historia y la enseñanza de la historia de las Américas. Sin embargo, enfatizamos lo positivo y tengamos presente las numerosas vicisitudes de la historia del Nuevo Mundo que, por supuesto, comenzó siglos antes de 1492 y durará muchos más, si la humanidad es capaz de escapar de un holocausto nuclear, mucho después de 1992.

El primer signo alentador reciente es que el Instituto Panamericano de Geografía e Historia reconoció la crisis que existe y, en consecuencia, auspició la reunión que trajo a la superficie los problemas que nos confrontan. De igual modo, la Academia Nacional de la Historia publicó la encuesta que Oscar Beaujón presentó en La Paz, Bolivia, en mayo de 1980, representando al Director de la Academia, Blas Bruni Celli.²³ La Academia no sólo ofreció su *Boletín* como un foro para tratar los problemas historiográficos, sino que apoyó la Declaración de 1968²⁴

20. En la Reunión Técnica en Caracas, el año pasado, participaron tres europeos, dos mexicanos y un brasileño. Nadie estuvo presente de los Estados Unidos y Canadá. Un historiador canadiense fue invitado pero no pudo asistir.

21. *Ibid.*, 93-97.

22. *Ibid.*, 96.

23. OSCAR BEAUJÓN, "Estado actual de estudios históricos en Venezuela", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LXIII (Caracas, 1980), 687-696.

24. Para el texto de esta Declaración, ver *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LXIII (Caracas, 1980), 696-699. La Declaración fue firmada el 18 de julio de 1978. Otra evidencia del agudo interés de la Academia en la enseñanza de la historia puede

redactada por Mario Briceño Perozo, Guillermo Morón y Pedro José Muñoz, titulada "Sobre la enseñanza de la historia de Venezuela", que es otra manifestación de la manera en que la Academia y sus miembros nos hacen un llamado de alerta sobre la enseñanza de la historia. Por ellos los historiadores y las instituciones conocen estos problemas. Este es el primer paso.

También podemos sentirnos satisfechos de los sostenidos esfuerzos del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que desde hace muchos años se viene preocupando por el estudio de la historia de las Américas. Comenzó en 1947 cuando Silvio Zavala inició la activa campaña, que ahora continúa con energía Guillermo Morón.²⁵

Tal vez lo más importante sea que en el continente existe una antigua y venerable tradición de actividades culturales interamericanas desde comienzos del siglo XIX hasta hoy. Todos conocemos las contribuciones que Andrés Bello hizo a Chile y a la historia del continente en general, y se podría escribir todo un tomo sobre el tema de los escritos y las enseñanzas de los exiliados en varios países americanos. ¿Quién puede olvidar la obra de José Martí en Nueva York y en otras partes, organizando y publicando para obtener la libertad de Cuba?

Cuando José Vasconcelos ejerció las funciones de un revolucionario Ministro de Educación en México, a comienzos de la década del 20, no sólo patrocinó la traducción al español de los clásicos —como Homero, Virgilio, Lucrecio, Cicerón, César y Ovidio— pero también invitó a líderes culturales como Pedro Henríquez Ureña, de la República Dominicana, y Gabriela Mistral, de Chile, para que lo ayudaran en la campaña de alfabetización. La "cruzada misionera" que lanzó Vasconcelos estimuló a jóvenes idealistas de varios países americanos a ir a las villas de México para enseñar tanto a los adultos como a los niños. Uno de ellos fue el poeta chileno Francisco Aguilera, que fue colega mío por muchos años en la Hispanic Foundation de la Biblioteca del Congreso, de quien aprendí mucho de la dedicación de los jóvenes americanos que fueron influenciados por la cruzada de Vasconcelos para pasar un tiempo en México.

Se podrían citar muchos otros ejemplos de este tipo de relaciones culturales interamericanas. En una de mis primeras visitas a la Argentina, hace más de cuarenta años, me dijeron que una de las maestras normales que Sarmiento había traído de la Nueva Inglaterra, casi un siglo atrás, todavía vivía cerca de Mendoza. Reconozcamos, por lo tanto, que existe una valiosa tradición de movimiento de americanos de un país a otro, ya sea para escribir, enseñar o publicar.

--- verse en el artículo de Rafael Fernández Heres, "La enseñanza de la historia de Venezuela en los niveles primario y medio", *ibid.*, LXIV, 1-10, y en las "Recomendaciones del Seminario nacional para el análisis de la problemática de la enseñanza de la historia y geografía de Venezuela, realizado en Caracas del 15 al 20 de octubre de 1979", *ibid.*, LXIV, 11-20.

— 25. Para una detallada reseña, año por año, ver "Proyecto de Historia General de América. Informe presentado por el Dr. Guillermo Morón, Coordinador General", *Revista de Historia de América*, N° 90 (México, 1980), 61-66.

Hoy tenemos la posibilidad de establecer una relación más sólida y duradera haciendo posible que los profesores de historia enseñen e investiguen en otros países americanos con bastante regularidad. Este movimiento no debe estar limitado a exiliados, cruzadas o a meras decisiones individuales. Para ser significativo debe tener un sustento más metódico: debe estar apoyado y facilitado por funcionarios oficiales —Ministros de Educación, rectores de universidades y los departamentos de Historia. Sólo con su apoyo será posible establecer las “Becas del Descubrimiento”.

Esta tarea no será fácil. Los próximos diez años será un tiempo escaso para movilizar los recursos necesarios, tanto intelectuales como financieros, para hacer frente a este desafío exitosamente. Por los frutos logrados en su existencia y sus recursos actuales, la Academia Nacional de la Historia parece ser la institución más apropiada para dirigir esos esfuerzos, tal vez con la ayuda interamericana y hasta con la cooperación internacional.

La conmemoración del medio milenio del descubrimiento de América dará lugar a muchos proyectos valiosos e interesantes, pero en mi opinión pocos programas podrán rendir un beneficio permanente más fundamental dentro del contexto de lo que significa el año 1992 —que está más cerca de lo que pensamos— para los pueblos americanos.

LEWIS HANKE

Octubre 6, 1981.